



Capítulo 144

Luxible es un pequeño ducado que limita con la mística selva de Ronovelli y que comprende solo un puñado de fincas.

Aunque se le llamaba ducado, su poder era muy inferior al de otros estados miembros de los Reinos Aliados.

Pero eso no era todo.

La mayor parte de los fondos necesarios para gobernar el Ducado de Luxible procedían de un único lugar: Castlelot, situado en la frontera de la mística selva de Ronovelli.

Aunque los impuestos de esa región eran considerables, no eran suficientes para satisfacer las grandes ambiciones del séptimo rey de Luxible, Pamillono.

Pamillono albergaba aspiraciones aún mayores que su padre, el sexto rey.

Soñaba con transformar su ducado en una magnífica nación independiente comparable a otros reinos.

En teoría, no era imposible. Como parte de los Reinos Aliados, las guerras entre territorios o naciones estaban prohibidas, lo que significaba que expandir el territorio mediante la guerra no era una opción.

Sin embargo, sí se permitía comprar tierras con dinero. Si realmente se necesitaban más tierras, podían desplazarse hacia el sur. Las regiones meridionales albergaban los territorios de razas no humanas que no pertenecían a los Reinos Aliados.



Lamentablemente, en realidad, esos sueños eran casi inalcanzables.

Adquirir tierras requería una cantidad astronómica de dinero.

Los fondos necesarios eran tan inmensos que probablemente habrían vaciado las arcas del ducado, lo que habría llevado a su disolución.

Otra opción era declarar la guerra a las razas no humanas para apoderarse de su territorio.

Sin embargo, esas razas estaban lejos de ser presas fáciles para las modestas fuerzas de un pequeño ducado.

De hecho, el Reino Unido toleraba la existencia de territorios no humanos, a diferencia de los invasores bárbaros que invadían las regiones del interior, precisamente por esa razón.

Por encima de todo, la razón principal por la que las ambiciones del séptimo rey solo pudieron quedar en aspiraciones fue la corrupción.

Sí, la corrupción.

Lamentablemente, incluso las pocas propiedades bajo el control de Luxible estaban profundamente corruptas.

¿Qué tan corruptas?, se preguntarán.



Un ejemplo revelador fue que las fuerzas de los grandes duques superaban en número al ejército real.

Por lo tanto, desde el momento en que ascendió como rey títere, se angustió por cómo superar esta situación desesperada.

Después de mucho deliberar, se le presentó una oportunidad.

Un trato con el diablo.

No, llamarlo un trato con el diablo no era del todo exacto.

La propuesta provenía de los humanos, no de los demonios.

Sin embargo, él se refirió a ella como un pacto con el diablo porque su oferta era irresistiblemente dulce.

Aún más tentador era el hecho de que no le suponía ningún costo aparente.

Si las cosas seguían como estaban, estaba seguro de que seguiría los pasos de su padre: se vería obligado a casarse, tener herederos y, en última instancia, enfrentarse a la amenaza de ser asesinado.

La vida por excelencia de un rey títere.

Decidiendo que no tenía nada que perder, aceptó su oferta.

No tenía grandes expectativas.



Era prácticamente su último acto de desesperación.

Pero hoy...

iPum!

Pamillono recibió los resultados.

«...»

Miró fijamente hacia abajo, con la mirada perdida.

Abajo había cabezas.

No de ancianos, sino, a los ojos de Pamillono, de cerdos que no merecían otra cosa que ser destrozados.

Las cabezas del gran duque Lichfertton y del gran duque Bofur.

Pamillono levantó la vista.

Allí estaba una chica.

Vestida de cuero blanco, sosteniendo una lanza ensangrentada.

«... ¿Es real?».



«Puedes comprobarlo tú mismo. Lo tienes delante de tus ojos».

La ingeniosa Syrkal blandió su lanza y golpeó ligeramente las dos cabezas, lo que hizo que Pamillono tragara saliva.

«... No hay necesidad de llegar tan lejos».

«¿Ah, sí?».

«Sí, nunca podría olvidar las caras de esos bastardos, ni siquiera en mis sueños».

«Me alegro de oírlo. Ah, y para que lo sepas, también me he ocupado de sus soldados. Así que no hay de qué preocuparse».

«... ¿Es eso cierto?».

«No tengo por qué mentir».

«Ya veo».

La voz de la chica no mostraba emoción alguna.

Pamillono dejó escapar un profundo suspiro y miró fijamente las cabezas rodantes.



«Muy bien. Ya que he conseguido lo que deseaba, pagaré el precio. ¿No eran dos peticiones? Dilas».

Mientras hablaba, su expresión se tensó.

Cuando la chica le había hecho la propuesta por primera vez, Pamillono no había pensado mucho en el precio.

No creía que ella pudiera realmente matar a los dos grandes duques.

Pero ahora era una realidad.

Así que se armó de valor para pagar el precio que ella le pidiera.

«Me gustaría tener tierras para que mi pueblo pueda vivir».

«... ¿Estás pidiendo territorio?».

«No tiene por qué ser mucho. La mitad de la tierra donde me ocupé de esos cerdos sería suficiente».

«... Estoy de acuerdo».

La primera petición no era tan exorbitante como había temido.

Pamillono se sintió un poco desconcertado, pero solo por un momento.

«La segunda petición es la más importante».



«... Habla».

Al oír sus siguientes palabras, volvió a tensarse.

«Haz de nuestro dios tu religión oficial».

«¿Un dios, dices?».

«Sí. Declarar a nuestro dios como religión oficial del Estado y erigir estatuas suyas por todo el territorio. Esas son las dos condiciones».

Respondió el séptimo rey.

«Eso no es difícil».

«Me alegro de oírlo».

Por supuesto, la presencia del Reino Sagrado de Rosario le hacía ser cauteloso, pero Luxible era un lugar que el Reino Sagrado había abandonado hacía mucho tiempo.

Eso significaba que no habría ningún problema aunque no mantuviera a Sironia como religión oficial.

Pamillono asintió y la chica, o más bien Swift Syrkal, señaló ligeramente hacia algún lugar.



Pronto, otra chica, Jenira Ganatana, salió de entre las sombras y le entregó una estatua a Pamillono.

«... ¿Qué es esto?».

«Es la estatua del dios al que adoramos».

La estatua representaba la figura de un hombre con el rostro oculto por las sombras.

Vestido con un abrigo oscuro que se agitaba con el viento, sostenía un rayo en una mano.

«... ¿Cómo se llama este dios?».

Mientras Pamillono contemplaba la estatua, planteó su pregunta.

«Este es el único dios de nuestro clan Serpiente del Trueno, nuestro salvador».

Jenira, como si hubiera estado esperando este momento, sonrió con los ojos y declaró:

«El Portador del Rayo, Kalanon».

Su mirada tenía un ligero toque de fanatismo.



Penia Crysinnne había estado inusualmente alegre últimamente.

Aunque había momentos en los que no lo estaba, la mayor parte del tiempo sí lo estaba.

Esto se debía a que, inesperadamente, había recibido una excelente propuesta de la casa del marqués cuando acudió allí, temiendo que su vida pudiera estar en peligro.

A cambio de ayudar al marqués Palatio en sus investigaciones mágicas, se le permitiría aprender magia de Heinkel sin tener que ocultar su relación.

Para ella, era una situación ideal en la que no tenía nada que perder.

Por supuesto, tendría que ayudar en la investigación mágica del marqués, que podría ser interminable, pero eso no era un problema importante.

Lo importante era que ahora podía aprender magia de Heinkel sin complicaciones.

Esto era increíblemente, increíblemente importante para ella.

Aunque la presencia del marqués le resultaba un poco intimidante, sus investigaciones sobre magia eran fascinantes.

Su magia no se parecía a nada que ella hubiera visto antes.



Dado que la magia de Alon no se ajustaba a las jerarquías convencionales, naturalmente despertó la curiosidad de Penia, una entusiasta de la magia.

Durante un tiempo, se encontró disfrutando genuinamente de la investigación mágica.

En algún momento, incluso llegó a ser capaz de establecer contacto visual con la mirada que se posaba detrás del marqués.

Por supuesto, el período de investigación no fue muy largo.

El tema de investigación en el que el marqués pidió ayuda a Penia, por desgracia, solo era útil para él.

A pesar de su gran aptitud para la magia, Penia se preguntaba por qué el marqués Palatio había solicitado su ayuda para su investigación.

Se sintió desconcertada por un momento, pero pronto descartó ese pensamiento.

Había decidido no interrogar al marqués más de lo necesario.

Lo que le importaba era aprender magia de Heinkel y satisfacer su curiosidad ayudando al marqués.

En cualquier caso, su vida había sido bastante satisfactoria últimamente.

... Es decir, hasta que el marqués se marchó hace unos días, diciendo que tenía algunos asuntos que atender.



«¡Ahhhhhhhhhhhhhhhh!».

«¡Ay!»

Penia soltó un grito.

El escalofriante gemido sobresaltó a Felin, que estaba hojeando tímidamente un diario cerca de allí, lo que le hizo contener la respiración inconscientemente.

Pero Penia, como ajena a su entorno, miraba fijamente el diario con los ojos inyectados en sangre.

En él se detallaban los últimos hallazgos de Alon en esta investigación: cómo la causa, las estructuras de distribución de maná y las disposiciones moleculares se transformaban en función de sus interacciones.

«¿Cómo es posible...?»

Las manos de Penia temblaban mientras sostenía la gruesa pila de papeles.

«¿Se supone que tengo que hacer todo esto?».

Ella soltó otro grito desgarrador y recordó la conversación que había tenido con Alon unos días antes.

«Ayudante, te dejo esto a ti».



«Eh... ¿qué se supone que debo hacer exactamente?».

«Según las investigaciones realizadas hasta ahora, hemos descubierto que cuando la estructura molecular del maná se combina, cambia a una nueva forma, ¿verdad?».

«Sí, sí, eso es... cierto».

«Mientras estoy fuera, por favor, organízalo brevemente».

«¿Todo esto?».

«Sí, no es mucho, ¿verdad?».

«No, pero...».

«¿No quieres?».

No fue una conversación.

Era como un demonio disfrazado de amable profesor... que explotaba sin piedad a un pobre estudiante.

Penia cerró los ojos con fuerza y dejó escapar un suspiro.

Por fin comprendió por qué él le había pedido ayuda con su investigación.

«¿Era por eso?».



Una vez comprendidos parcialmente los principios de la estructura molecular, solo quedaba encontrar las posibles combinaciones, una tarea que requería fuerza bruta.

En otras palabras, esto ya no era investigación, sino puro trabajo, y además un trabajo agotador.

Por lo tanto...

«Marqués Palatio, miserable...».

Se tragó el resto de la maldición en silencio.

«¡Ughhhhhhhh!».

Ella dejó escapar un extraño gemido y golpeó su cabeza contra el escritorio.

Penia permaneció tendida, inmóvil, durante un rato.

Tras un breve y errático temblor de sus hombros, como si hubiera perdido la cordura, murmuró:

«Lo haré. Lo conseguiré, pase lo que pase».

Sus ojos inyectados en sangre brillaron mientras continuaba:



«Terminaré esto, pase lo que pase... ¡y aprenderé magia de Heinkel, pase lo que pase...!».

Apretó los dientes y desplegó su maná.

«¡Lo haré, lo haré, puedo hacerlo!».

Armada con más de cinco bolígrafos como si fueran armas, comenzó a garabatear furiosamente en los papeles.

Al presenciar este frenesí, Pellin se acurrucó con cautela, tratando de mantenerse fuera de su camino.

En ese momento.

«Me pregunto si estará bien».

Alon, mientras comía un camote, pensó brevemente en Penia.

«Bueno, organizarlo no debería ser tan difícil».

Él le había confiado la organización de las estructuras moleculares.

«Una vez ordenados los arreglos de primer nivel, será más rápido implementarlos y conectarlos directamente».



Sin saber que Penia ya estaba trabajando en los acuerdos de segundo e incluso tercer nivel, Alon dio otro mordisco a su camote con indiferencia.

Justo en ese momento...

«Marqués».

«Sí, ¿qué pasa?»

«He oído una noticia bastante curiosa».

«¿Noticias curiosas?»

Evan sacó un nuevo tema.

—Sí. Al parecer, Lady Rine es ahora la única miembro veterana del consejo que queda.

«¿Por qué?».

«No sé por qué, pero al parecer ha habido una serie de desafortunados incidentes en los que todos los miembros del consejo superior han fallecido al asumir el cargo.

Como resultado, Lady Rine es la única que actualmente continúa en el cargo».

«... Eso es muy extraño».



«¿Verdad? Yo también lo creo».

Un breve silencio.

«... No puede ser, ¿verdad?».

El murmullo de Alon rompió el silencio.

Evan reflexionó un momento sobre lo que quería decir y luego se echó a reír.

«Oh, vamos, eso es imposible. Sería demasiado obvio, ¿no?».

«Sí, supongo que tienes razón».

Tras este intercambio, aguantaron la semana hasta llegar a Lartania.

Al llegar a la ciudad, Alon conoció a Rine.

«¿Ya llegaste, padrino?».

«Ha pasado mucho tiempo».

«Por favor, entra primero. Empieza a hacer calor afuera».

Los dos entraron juntos en la oficina.

«Oh, padrino, su cumpleaños es el 20 de septiembre, ¿verdad?».



En cuanto se cerró la puerta, Rine, con expresión tranquila, le hizo la pregunta de improviso.

«... Así es. ¿Por qué lo preguntas?».

«Ah, es que he estado preparando un «regalo»».

«¿Un regalo?».

Una leve sonrisa apareció en sus labios mientras decía:

«Sí. Espero que te guste».

A continuación, dirigió la mirada hacia el castillo del señor de Lartania.